

# Aportes a un debate aún pendiente

## Democratización de la escritura y poder simbólico

*El problema no se resuelve dejando que cada cual escriba como pueda y quiera y para cada palabra dudosa haya dos (si no tres) grafías diferentes. Por esa vía desembocaríamos en una caótica anarquía. ¿No es más racional establecer, como lo sugiere el autor de «El otoño del patriarca», una escritura actualizada a la que todos puedan atenerse y, al eliminar así las causas de los entuertos, haga a todos posible expresarse por escrito sin verse expuestos a dudas, errores y sanciones? Simplificar la ortografía contribuiría así sustancialmente a democratizar la escritura.*

■ **Mario Kaplún**

*A Comunicación, en fraterno homenaje a la celebración de su Número Cien y con gratitud por invitarme a participar en él, considerándome así todavía -como yo mismo me siento- ligado a Venezuela con raigales lazos de mutuo afecto.*



¿A deshora? El examen de un suceso (¿o insuceso?) acontecido este mismo año pero en el mes de abril, puede parecer, a la hora en que esta revista vea la luz, una exhumación trasnochada. Ágiles prestidigitadores, los mass media extraen un objeto de su galera, nos lo muestran por fuera, juegan un momento con él y lo sacan de circulación bajo el cúmulo de nuevos titulares antes de que hayamos podido alcanzar a penetrarlo por dentro.

¿Fuera de lugar? Es posible también considerar este asunto ajeno a la temática de una revista especializada en comunicación.

Confío, sin embargo, en que, tras leer los siguientes aportes, al menos algunos lectores convengan en que retomar en esta revista la propuesta de García Márquez de simplificar la ortografía no es incurrir en un anacronismo ni en una incongruencia. Aunque la propuesta del narrador colombiano haya sido desechada y sepultada, el debate en torno de ella está lejos de hallarse agotado. Más aún, si se entiende por tal el cotejo de premisas y razones, puede afirmarse que casi no ha habido tal debate. «Broma de mal gusto», «dislate impropio de un Premio Nobel», «travesura lúdica», lapidaron sus colegas escritores, sobre todo los de hispana cuna. «Despropósito demagógico de alguien que será un buen escritor pero no un lingüista», sentenciaron los doctos académicos. Lluvia de epítetos, sequía de argumentos. Casi todo quedó por ser dicho porque nadie fue al fondo, al porqué y al para qué de la propuesta.

Y en cuanto a la pertinencia de su discusión en el marco de una revista de comunicación, sustentamos que si el genuino debate no se dio, ello se debió precisamente a que quedaron excluidas del mismo las implicancias sociales, culturales y comunicacionales del problema.

#### LOS INTERLOCUTORES AUSENTES

¿Quiénes pudieron opinar públicamente acerca de la reforma ortográfica postulada? No sé lo que sucedió en Venezuela, pero en este extremo austral del continente, en Argentina y Uruguay —y otro tanto se pudo observar en los cables procedentes de otras latitudes—, prácticamente los únicos consultados fueron los literatos (los de renombre, obviamente). Visto que el proponente era un célebre escritor, el criterio de selección de los medios parece haberse fincado en la expectativa de que, dándoles la palabra a sus colegas, provo-

caban lo que más les encanta a los periodistas y el público saborea con más fruición: una escaramuza verbal entre famosos.

Los entrevistados, a su vez, entraron con gusto en el juego. En sus respuestas, en lo dicho y lo no dicho en ellas, subyació el presupuesto de que, por su condición de profesionales del arte de escribir, eran los únicos usuarios de la lengua escrita dignos de ser tenidos en cuenta e investidos del derecho a dictaminar a su respecto.<sup>1</sup> Un autor tan identificado con las causas populares como Mario Benedetti se abstuvo de hacer una lectura social de la cuestión planteada y se recluyó en los fueros de su oficio: declaró que, en tanto poeta, le sería imposible seguir escribiendo poesía si le alteraban las reglas ortográficas y con ellas la estructura formal de las palabras.

Salvo muy contadas excepciones, todos los literatos consultados —fueran latinoamericanos o españoles, conservadores o progresistas, de izquierda o de derecha— hicieron causa común en la ratificación de la ortografía vigente. Los mismos que en el plano histórico y político condenaron y desmitificaron tantas veces la conquista imperial, aparecieron esta vez, en su tácita pleitesía a la preceptiva de la Real Academia, cerradamente hispanistas. Enfrentados a una reforma cultural concreta, su pertenencia a la élite literaria pudo más que sus opciones ideológicas y su conciencia latinoamericanista.<sup>2</sup>

¿Quiénes fueron, en cambio, los interlocutores ausentes, los marginados de la consulta y el debate? Entre otros,

- los educadores: los maestros y profesores de todos los niveles de la enseñanza, que hubiesen podido testimoniar su agotamiento por la desesperante tarea diaria de corregir los escritos de sus alumnos y sembrarlos de un piélagos de enmiendas rojas; y su angustia e impotencia ante la cada vez más atroz ortografía de esos escolares y estudiantes que la sociedad les confía con el mandato de enseñarles a «escribir bien»;<sup>3</sup>

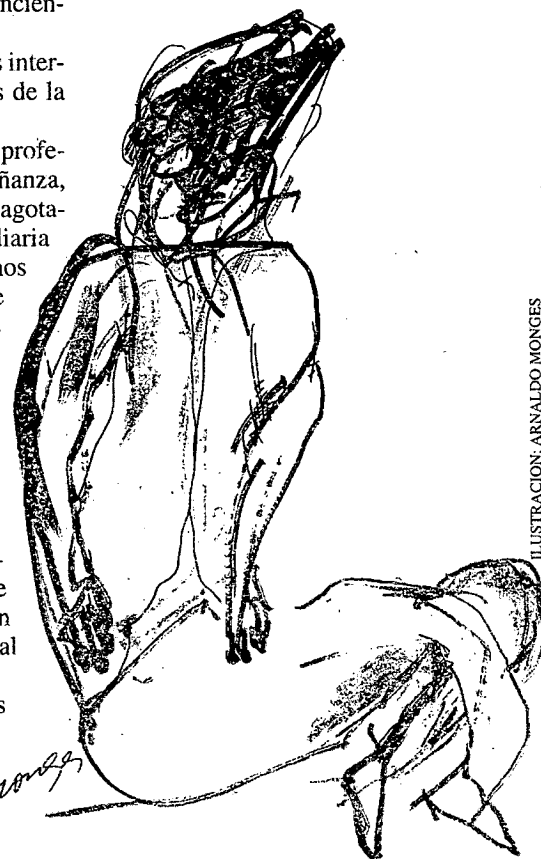
- los comunicadores educativos, persuadidos de que no hay educación ni hay participación democrática si no hay expresión; y siempre empeñados, por tanto, en allanar en todo lo posible la autoexpresión —oral y escrita— de las mayorías;

- y, sobre todo, los destinatarios de la propuesta, esto es, los directamente afectados: los millones de usuarios de la lengua escrita para los múltiples fines a los que ella está destinada.

#### EL VIRUS ORTOGRÁFICO

La sugerencia de reformar y actualizar la ortografía fue impugnada no tanto por considerarla impracticable sino por reputarla indeseable. Más que en el «no se puede» se enfatizó en el «no se debe». Siendo esto así, en lugar de examinar la viabilidad de su eventual puesta en práctica —empresa, preciso es admitirlo, poblada de dificultades—, parece más importante rescatar su espíritu y sus fundamentos.

¿Por qué y para qué simplificar el código de la escritura? Casi no haría falta preguntárselo a los millones de personas de toda edad y condición que en América Hispana y aun en la orgullosa Iberia andan a trompicones con la ortografía. Suele atribuirse el problema a un bajo nivel de escolarización y/o a la falta de hábito de lectura. Aunque esos factores son sin duda gravitantes, también conozco (y probablemente los lectores compartan ese conocimiento) personas instruidas, cultas, brillantes en su profesión, infatigables lectoras y, no obstante, aquejadas del virus: con una «heterografía» tan desastrosa que no pueden enfrentar la publicación de un artículo ni aun el envío de una solicitud o una carta formal sin antes acudir a la ayuda de algún piadoso amigo que se las corrija. Por alguna misteriosa razón, el dominio



de las intrincadas variables ortográficas les ha sido negada.

Osaría afirmar que hoy ya nadie está del todo inmune. Aun quienes hemos tenido la suerte de aprender a escribir conforme a los cánones, ahora, a fuerza de encontrar a cada paso y por todas partes grafías erróneas, terminamos por sentirnos inseguros y asediados por las dudas.

Significativa prueba de esta extensión del virus, puede encontrarse en la drástica decisión de la muy ilustre Universidad Complutense de Madrid, la más grande de las universidades estatales españolas. Hasta el año pasado, los estudiantes que rendían en ella el exigente examen de ingreso, lo perdían automáticamente si en la prueba de lenguaje (obligatoria para todas las carreras) incurrían en más de cuatro «faltas». Ahora, ante el creciente y alarmante aluvión de alumnos rechazados por ese motivo, sus autoridades han tenido que bajar los brazos: los pecados ortográficos ya no cuentan y los aspirantes son admitidos por muchos y graves que sean los yerros que baldonan sus escritos.

Adviértase que se trata de jóvenes oriundos de Castilla, donde presuntamente se han criado impregnados de la máxima pureza del idioma y cuya pronunciación castiza discierne las eses, las ces y las zetas. Y de estudiantes con su bachillerato completo '(trece años de intensa escolarización!). Ni aun estas ventajas han sido suficientes para preservarlos de caer en múltiples celadas ortográficas. Parece lícito concluir que esa pureza ortográfica que se pretende salvar con la tozuda apelación a las reglas canónicas, es ya una enferma incurable.

La removedora decisión de la Complutense puede ser vista como un síntoma elocuente pero no como una buena solución. El problema no se resuelve dejando que cada cual escriba como pueda y quiera y para cada palabra dudosa haya dos (si no tres) grafías diferentes. Por esa vía desembocaríamos en una caótica anarquía. ¿No es más racional establecer, como lo sugiere el autor de «El otoño del patriarca», una escritura actualizada a la que todos puedan atenerse y, al eliminar así las causas de los entuertos, haga a todos posible expresarse por escrito sin verse expuestos a dudas, errores y sanciones? Simplificar la ortografía contribuiría así sustancialmente a democratizar la escritura.

## ORTOGRAFÍA Y PODER

La escritura es una técnica básica de registro y de comunicación. Pero bueno



Sustentamos que si el genuino debate no se dio, ello se debió precisamente a que quedaron excluidas del mismo las implicancias sociales, culturales y comunicacionales del problema.



es recordar que no fueron sólo las necesidades de comunicarse a distancia y de conservar las informaciones e ideas las que le dieron origen. En sus comienzos fue también un instrumento de poder, un código creado por las clases cultas de la sociedad y de uso estrictamente reservado a esa casta privilegiada para mantener sus comunicaciones y saberes en secreto (es indicativo el dato de que la escritura egipcia fue jeroglífica, y, por ende, inaccesible al profano).

Hoy, tras la (relativa) universalización de la alfabetización, la ortografía opera como un filtro del poder. Como lo reveló Foucault, el poder es ubicuo y multiforme. Así como existen en la sociedad el poder económico, el político y el militar, hay también instalado en ella un poder cultural. «Instrumento de comunicación, la lengua es también signo externo de riqueza y fuente de poder (...) A la vez que relaciones de comunicación por excelencia, los intercambios lingüísticos son relaciones de poder simbólico (...) En la existencia ordinaria (...) la práctica lingüística comunica, además de la información declarada, una información (diferencial) sobre la manera de comunicar (...) la que recibe un valor social y una eficacia simbólica».<sup>4</sup>

Bourdieu y Bernstein introdujeron en la Sociología el concepto de capital cultural y dentro de él, como su componente fundamental, el capital lingüístico: dado que, para acceder a ciertos cargos y desempeñar ciertos roles, el mercado exige una determinada calificación lingüística, ese «valor social de la competencia lingüística hace que ésta opere como un capital». Para ciertos sectores de la sociedad, tanto o más importante que la posesión de un capital económico es su capital cultural y lingüístico. Existe -postula Bourdieu- un mercado lingüístico que tiene sus leyes de for-

mación de precios, reedita sus ganancias materiales o simbólicas -esto es, en moneda contante o en moneda de prestigio social- a los detentores de un cierto capital lingüístico y tiene su sistema de sanciones y censuras específicas para los menos provistos de ese capital.<sup>5</sup> Y ello fuera de toda consciente operación conspirativa y de todo cálculo cínico sino simplemente en virtud de las leyes que gobiernan a ese mercado específico.

Dentro de la vertiente escrita de ese capital lingüístico -añadamos ahora- la ortografía es el componente más codificado, el que primero salta a la vista, el más fácil de detectar para tasar el «capital» del solicitante del crédito y otorgarle o rehusarle el certificado de «solvencia». ¿Será muy insidioso, entonces, siguiendo la analogía mercadológica de Bourdieu, caracterizar a ciertos académicos -más burócratas de la lengua y reglamentaristas que lingüistas- como los administradores del mercado, aferrados a perpetuar las añejas reglas ortográficas puesto que de esa rígida custodia derivan los réditos materiales y simbólicos de sus cargos? ¿Y sospechar en el cerrado rechazo a los cambios ortográficos la inconsciente renuencia de los «bien posicionados» en el mercado a ver devaluado su capital y menguadas sus ventajas competitivas?

Desde el juego de discriminaciones que el mercado lingüístico propicia, el mayor o menor dominio de las reglas ortográficas ocupa un lugar cardinal. No es fortuito el hecho de que, más que de errores, se hable de faltas de ortografía, con toda la connotación culpabilizadora e inculpativa que el término conlleva. La exigencia de una correcta ortografía erige una barrera a la participación comunicacional de millones de hispanohablantes. Castiga en lo escolar, discrimina y excluye en lo laboral, descalifica en lo social.

Habría que resignarse a aceptarlo si fuera inevitable. Pero la «jubilación» de la ortografía -o, al menos, la reducción de su dominio al mínimo indispensable- está lejos de constituir, como arguyen sus detractores, una empresa inviable. Si hay un idioma en que ella es posible, ese idioma es precisamente el nuestro. En otros, como el inglés, el francés o el alemán modernos, existe una sustantiva distancia entre pronunciación oral y representación escrita. En cambio, afortunadamente, la escritura del castellano es intrínsecamente fonética. Podemos congratularnos de poseer una lengua que, en lo básico, se escribe como se pronuncia. Se hace factible, entonces, abatir esos contados y artificiosos escollos

que originan los desvíos y los yerros y establecer un nuevo código escritural con el cual, sin necesidad de apelar a regla alguna, guiándose tan sólo por «la buena pronunciación y el instrumento al oído» como aconseja el polo margariteño, podrían todos escribir liberados de errores y terrores.

#### ALFABETIZACIÓN SE ESCRIBE SIN HACHE

En el tramo final de estos apuntes, nos parece útil detenernos en tres objeciones alegadas en el curso de la fallida polémica por otros tantos «antirreformistas», las que, planteadas desde ángulos de vista distintos -y hasta contradictorios entre sí-, ofrecen puntos de partida propicios para ampliar la visión del problema.

En primer lugar, la impugnación de Juan Goytisolo: no es posible eliminar la diferencia entre la b y la v porque hay zonas de España (nótese, sólo zonas, ni siquiera España entera) donde la pronunciación de ambas letras es distinta.<sup>6</sup> El argumento habilita para invocar aquí el recuerdo de ese preclaro lingüista que se llamó Angel Rosenblat cuando objetaba el "colonialismo idiomático" de los españoles y argüía que, no por habernos legado el idioma, pueden pretender su propiedad perenne. «Hoy no se pueden plantear los problemas culturales y lingüísticos sobre bases de hegemonía o de subordinación (...) Ciento cincuenta millones de hispanoamericanos no admitirán jamás que puedan depender de treinta millones de españoles, y menos aún de un grupo de académicos, por más esclarecidos que sean».<sup>7</sup> Rosenblat establecía esa proporción numérica, de 5 a 1, en el año 1968. Hoy, es de 15 a 1.

Y si debemos atender a fueros regionales, ¿de qué lado del puente ubicar a los hermanos andaluses, quienes se asimilan a nosotros, los hispanoamericanos, en su pronunsiación prescindente de ces y zetas?

No estaría fuera de lugar recordar a los puristas que, de haber primado sus preceptos y no haber existido un «vulgo» empeñado en desacatarlos y «corromper» la lengua oficial, todavía estaríamos hablando latín. Un idioma es un cuerpo vivo, en permanente proceso de creación y evolución. Si Cervantes tuviera que presentarse hoy a un examen escrito, a buen seguro lo perdería por «faltas» de ortografía. Al escribir su inmortal Quixote, ha de haberse atendido ciertamente con impecable corrección a la grafía vigente en su tiempo; pero, para leerlo y entenderlo en nuestros días, ha sido preciso actualizar su texto por

“

Con su repertorio de letras en el cual cada una remite a una determinada y específica emisión sonora, la escritura alfabética es primariamente la codificación gráfica de la elocución verbal. Y aun cuando esta funcionalidad se haya visto condicionada hasta ahora por la incidencia del factor etimológico, no se percibe qué autoridad inapelable puede decretar en materia de idioma que el criterio vigente hasta ayer haya de seguir rigiendo indefinidamente.

”



ILUSTRACIÓN: ARNALDO MONGES

entero. La propia Real Academia moderniza de tanto en tanto -aunque parsimoniosamente y a desgano- la ortografía de no pocos términos: así, palabras como vio, fue, huida o incluido se vieron exoneradas del tilde que, en mis días de estudiante, era obligado endosarles so pena de «media falta» (en la contabilidad de esa educación que Pablo Freire bien llamó «bancaria», las «faltas» son débitos fraccionables).

Más sólida y atendible -si se pasa por alto la arrogancia con la que fue expresada- aparece la intervención de un catedrático, quien, calificándola de aberrante y propia de ignaros, desechó de plano la propuesta de García Márquez de escribir como se pronuncia. Jamás la ortografía de las palabras se rigió ni se podrá regir por su pronunciación -proclamó taxativamente- sino siempre por su etimología. Según eso, hemos de seguir, en aras del pasado, perpetuamente sometidos a la imposición de la inaudible hache, ese pasivo apéndice terror de tantos escribientes, que sobrevive como reminiscencia de hablas arcaicas, sea por herencia del latín, sea como silente rastro de efes perimidas (facier, ficieron, ferosa, fijosdalgo) o de arábigas semi-jotas (alhaja, alharaca). O continuar respetando en la escritura amalgamas que ni aun el más castizo de los puristas logra oralmente articular por entero (excelente, exceso, excitar, escenario, discernir, ascensión).

La tesis del primado de la etimología como configuradora de la grafía por encima de la pronunciación, parece cuanto menos opinable y pasible de matices. La lingüística pragmática tiene también algo que decir a este respecto. Si el sistema alfabético de escritura llegó a imponerse sobre otros sistemas precedentes -como el ideográfico o el jeroglífico-, fue precisamente por la funcionalidad que derivaba de la representación, sonido por sonido, de la palabra hablada. Con su repertorio de letras en el cual cada una remite a una determinada y específica emisión sonora, la escritura alfabética es primariamente la codificación gráfica de la elocución verbal. Y aun cuando esta funcionalidad se haya visto condicionada hasta ahora por la incidencia del factor etimológico, no se percibe qué autoridad inapelable puede decretar en materia de idioma que el criterio vigente hasta ayer haya de seguir rigiendo indefinidamente.

Es preciso, no obstante, reconocer en la base de la postura filologista una advertencia atendible. Puesto que la grafía peculiar de no pocos vocablos responde al origen de los mismos, una reforma or-

tográfica como la postulada, al desdibujar las raíces de algunas (sólo algunas) palabras y hacer más difícil su rastreo, conllevaría una cierta pérdida: descubrir la génesis y la historia de las palabras y reconstruir la evolución que las va abriendo a nuevos significados, es fuente inagotable -y apasionante- de enseñanzas. Pero, si todo beneficio tiene un costo, creo que esta mengua es un precio que vale la pena pagar por la liberación cultural que el cambio traería consigo.

Por último, puede coincidir con Mario Benedetti, para quien «más importante que suprimir las haches es alfabetizar». Sin embargo, ¿por qué plantearlas como dos opciones excluyentes cuando, por el contrario, todo lleva a pensar que simplificando la ortografía se facilitaría en alto grado la alfabetización? Uno de los más arduos escollos y un fuerte generador de desmotivación para quienes aprenden a leer y escribir, reside precisamente en la apropiación de las intrincadas variables del código textual. Esas multitudes que han pasado por las aulas y siguen, no obstante, cayendo una y otra vez en las celadas de la ortografía, llevan a plantearse la cuestión ya no como una (falsa) disyuntiva sino como una necesaria complementación: abolir las haches (y desatar tantos otros nudos ortográficos) precisamente para alfabetizar mejor.

Desde el momento mismo de su declaración, fue evidente que la iniciativa postulada por García Márquez caería en el vacío; no sólo ni tanto por las (innegables) dificultades fácticas para su implantación sino por la ausencia de disposición y voluntad para admitirla -y aun para avenirse a considerar seriamente sus motivos- por parte de los sectores hegemónicos del campo cultural. No es de sorprender. Hace ciento cincuenta años, el docto venezolano Andrés Bello, más sensible a las necesidades de las mayorías que a los refinamientos lingüísticos, planteó la idea y fracasó de plano. Por esos mismos días, aquel incansable educador argentino -amén de estupendo escritor- que fue Sarmiento, hizo el mismo planteo democratizador de la escritura, llegando incluso a escribir y publicar sus artículos en una ortografía simplificada, y obtuvo por única respuesta la mofa de la sociedad culta. Juan Ramón Jiménez, el sensible poeta también laureado con el Nobel -y de castiza estirpe por añadidura-, volvió a insinuar la idea sin encontrar interlocutores más receptivos. Sólo queda confiar, con la canción de Daniel Viglietti, en la

fuerza de esas gotas que, cayendo de a una, terminan por hacerse aguacero.

Podría concluirse, con las categorías de Marx, que todos estos sucesivos y frustrados intentos por facilitar la comunicación, incluido el del novelista colombiano, buscaron priorizar el valor de uso de la lengua escrita; pero colidieron con un «mercado simbólico» hegemónico empeñado en seguir privilegiando su valor de cambio.

## NOTAS

1. No se vea en estas apreciaciones el menor espíritu de minimizar el valor de la literatura y la poesía, componentes preciosos de la cultura y la existencia humanas. Lo que se cuestiona aquí no es la admirable obra literaria de los opinantes sino su postura ante una cuestión que no les pertenecía como patrimonio exclusivo.

2. Cabría agregar que, contra lo esperable, el semanario de la intelectualidad de la izquierda uruguaya acarreó sus aguas al mismo molino: su reacción ante la propuesta de García Márquez fue la de tomarla a la chacota, ridiculizándola y desacreditándola.

3. Desde un criterio purista, expresiones como *pésima ortografía* u *ortografía desastrosa* incurren en un contrasentido, dado que el prefijo orto expresa lo correcto y lo conforme a las reglas. Habría que inventar un neologismo: heterografía.

4. P. Bourdieu, *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*. Fayard, Paris, 1982 (reed. 1995).

5. Bourdieu, op.cit. Ver también B. Bernstein, *Clases, código y control*. Akal, Madrid, 1988.

6. Significativamente, los españoles se han visto obligados a rebautizar a la v con el nuevo nombre de uve (para obviar las de otro modo inevitables especificaciones como *be larga* y *ve corta* o las más populares de «*ve de vaca*» y «*be de burro*»), lo que demuestra a las claras que pronunciando *be* y *ve*, los propios supuestos dueños de la dicción correcta tampoco logran diferenciar un sonido del otro.

7. A. Rosenblat, *El castellano de España y el castellano de América*. Alfa, Montevideo, 1968 ■

